

Capítulo VIII

El macizo “Polleras” y su primera ascensión

Ya en la obra de Fitz Gerald (1), como también en el mapa especial (2), de la comisión de límites argentino-chilena, encontramos algunos datos sobre el macizo “Polleras”. Esto no puede sorprendernos, pues la situación geográfica de este poderoso macizo es tal que todo viajero que suba el valle del Tupungato medio se muestra impresionado cuando de repente surgen las cimas elegantes de esta montaña, ya que no hay muchas montañas que muestren tan finas líneas de arquitectura como el cerro “Polleras” (3).

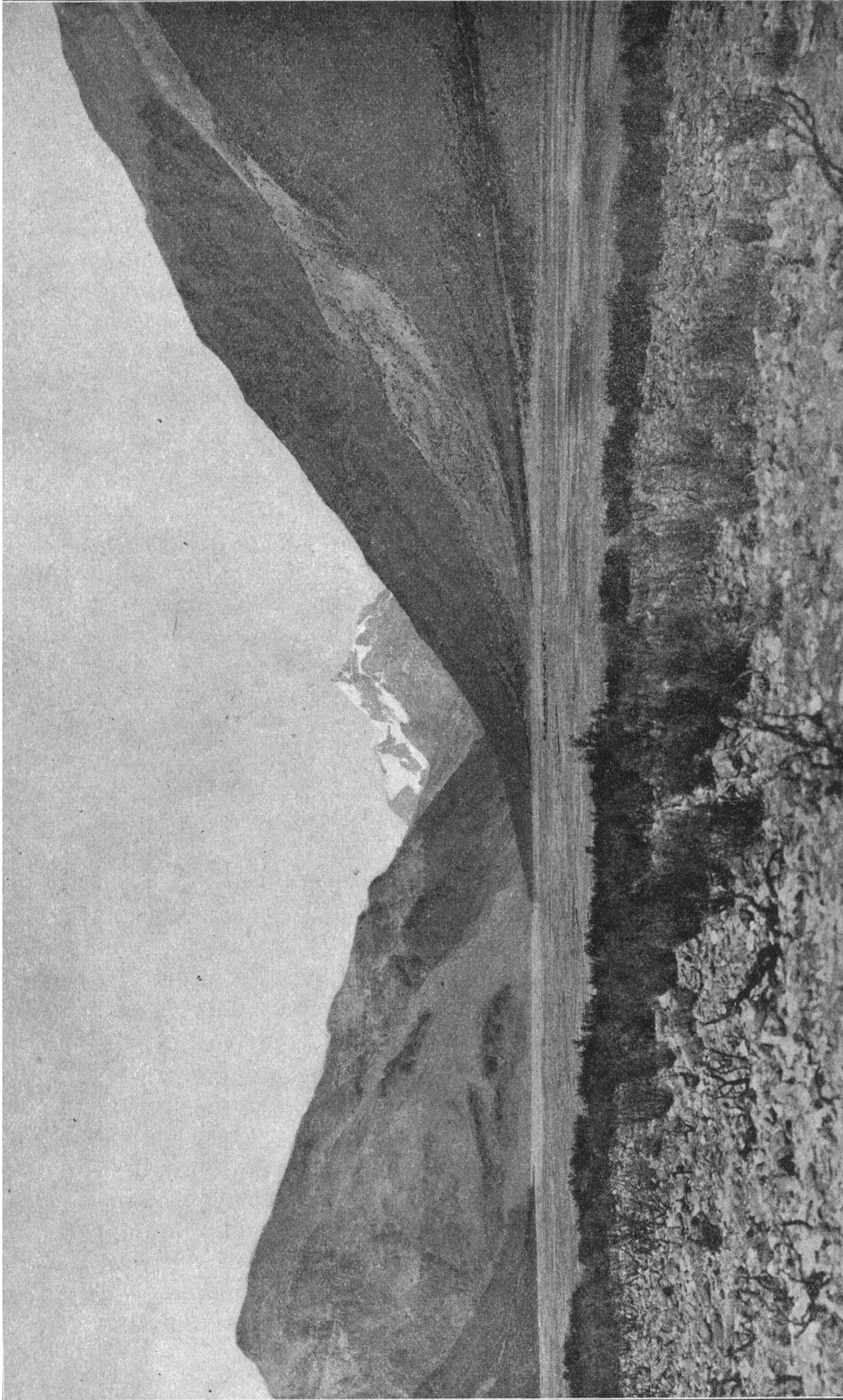
Zurbriggen y Vines (4) comparan la montaña con el “Weisshorn” de los Alpes del Wallis y hablan del “Weisshorn” de los Andes; es una pirámide extremadamente delgada, flanqueada por dos pirámides nevadas menores, que se levantan desde el fondo del valle Taguas de sólo 2.500 m de altura, en paredones lisos y poco escalonados. Vines, que saliendo del Tupungato tenía la intención de subir la montaña, desistió de la idea, cuando su guía suizo, Matías Zurbriggen, calculó en varias semanas el tiempo necesario para tal empresa. Así, pues, fuera de la existencia del cerro, no se conocía nada de la configuración del grandioso macizo, ni de su carácter geológico que, como veremos, es tan interesante.

Cuando en el mes de enero de 1908 organizó el autor una expedición a la Alta Cordillera de Mendoza, lo hizo con la intención especial de explorar en todos sus detalles el sistema montañoso del “Polleras”, y de ascender, si fuera posible, su cumbre culminante. Principalmente le interesaba conocer las zonas del englazamiento de esta inexplorada región.

Después de la ascensión del cerro llamado “Cerro Río Blanco” y de la primera exploración del gran “ventisquero Río Plomo”, nuestra caravana, compuesta de los señores Bade, Wolffhuegel y Hauman, siguió el valle Río Blanco aguas abajo, y después de un viaje accidentado, salimos al lugar donde el Río Blanco desemboca en el valle Tupungato, a 2.100 m de altura.

Llegamos al punto donde el valle Tupungato está constituido en su base por las rocas de hornfels y granitos (5), tan características para esta zona. Desde allí nos dirigimos al valle Tupungato arriba, pasando por el lugar “Chorrillos”, donde al fondo del valle del mismo nombre (6) se levantan las pintorescas ruinas de erosión, constituidas de areniscas (7), de forma semejantes a castillos románticos hechizados y que bautizamos poéticamente como montañas de “Wallhalla”. Después de cinco o seis horas de marcha, alcanzamos el lugar donde el lecho del valle Tupungato se ensancha notablemente y donde se bifurca hacia el valle del Río Taguas. En el punto de bifurcación y en la margen derecha del río establecimos un gran campamento, que podía servir como base de operaciones y punto de partida para las excursiones y estudios biológicos de mis compañeros.

Desde este campamento se presenta la faz sureste del macizo “Polleras”; aparentemente se obtiene la impresión de que los paredones escarpados que se precipitan hacia el valle Taguas deben permitir un acceso a la cumbre principal. Además, se reconocen tres valles o quebradas transversales que, desviándose del valle Taguas, penetran al interior del macizo “Polleras”. El primero de estos valles laterales, el situado más cerca de nuestro campamento es la “Quebrada Arancibia”, luego sigue una quebrada muy encajonada, más o menos a una hora de distancia de la primera, mientras el valle más occidental corresponde al valle del Río Toscas, el cual, circunvalando el macizo, conduce a los portezuelos “Morado” y “Pircas”, situados en la línea fronteriza.



Fot. Dr. F. R.

33.- El macizo Polleras.- Visto desde el valle Tupungato, cerca de la confluencia con el valle Taguas.

Para tentar la ascensión resolví internarme en la montaña por la segunda de estas quebradas, creyendo poder encontrar aquí una ruta factible para trepar los paredones de la cumbre. Acompañado por un peón salí del campamento y me dirigí a la entrada de esta quebrada que se caracteriza por la presencia de rocas blancas de yeso, que afloran en esta parte del valle Taguas. Despachando en este lugar al peón el mismo día, pernocté solo en el estrecho cañadón, a una altura de unos 3.200 metros.

A medianoche me puse en marcha, ganando rápidamente altura en las rocas de la cresta noroeste. Durante esa marcha hice una observación muy interesante y de gran importancia para toda la constitución geológica del macizo; trepando en las rocas de esta cresta me sorprendió de improviso la presencia de un sinnúmero de fósiles, cimentados en las rocas. Estos fósiles, de naturaleza amonites y bivalvos, recolectados por mí, fueron luego estudiados detenidamente por el doctor Saalfeld, de la Universidad de Goettingen, y determinados como fósiles pertenecientes al Titonio Superior, lo que comprueba que el macizo “Polleras”, de 6.000 m de altura, se distingue netamente de la Cordillera limítrofe vecina, constituida de pórfidos y otras rocas eruptivas, por tratarse de una formación marina del macizo, levantado por fuerzas orogénicas a su altura actual. Como tendré ocasión de describir más adelante la geología de la región, me limito, por el momento, a narrar el desarrollo de nuestra tentativa.

A mediodía, es decir, 12 horas después de mi partida, había alcanzado la altura de 5.000 m (8); pero en ese punto, desgraciadamente, tuve que convencerme de que no podía pasar más adelante, pues mi creencia de que aquí encontraría una salida en las paredes de la cumbre fue ilusoria y el resultado de un error de perspectiva. En realidad, estas paredes se hallaban muy distantes de mi punto de observación y estaban separadas por un espacio intransitable. En consecuencia, me convencí de que no había posibilidad de conquistar la cima de esta montaña por este flanco del macizo.

Nuestra malograda tentativa no fue infructuosa, pues, aparte de las hermosas revelaciones geológicas, me fue dado hacer, desde mi alta posición, en la cresta noroeste, un reconocimiento muy instructivo de la ladera oriental de la montaña. Vi desde allí un poderoso ventisquero desconocido, que corre en dirección noreste. Está alimentado por la cumbre y las dos pirámides avasalladas. Para facilitar la descripción, denominamos esta corriente de hielo: “ventisquero Polleras I”. Observando que este glaciar, que desemboca en la quebrada “Arancibia”, tiene su origen en las pirámides nevadas, que, por otra parte, están en comunicación directa con el pico principal, me sugirió en seguida la idea de trasladarme a la quebrada “Arancibia”, por presentar esta ruta ciertas probabilidades de éxito. Resolví, entonces, regresar inmediatamente al campamento principal, para entenderme con mis compañeros y con la peonada.

Llegué en las horas avanzadas de la noche al campamento y expuse mi plan, resolviendo el doctor Bade acompañarme en esta segunda prueba; a la madrugada del día siguiente la tropa trotaba otra vez a lo largo del lecho del Río Taguas. Sin dificultad alguna entramos con toda la tropilla de mulas a la quebrada “Arancibia”, llegando a la lengua del ventisquero Polleras I, divisado por mí desde la altura de 5.000 m de la cresta noroeste. Y más aún, logramos forzar con toda la tropa una altura de 4.000 m, estableciendo sobre la morena al borde derecho del glaciar una carpa liviana especial (9), que debía servir como refugio para la ascensión proyectada. No quiero continuar mi relato sin llamar la atención sobre otro hallazgo importante. En la morena del ventisquero citado encontré un trozo de piedras areniscas, que en su superficie tenía el modelo nítido de los clichés de los “ripple marks”. Tal documento de la Naturaleza es otro comprobante de la formación marina de la montaña, que levantada por fuerzas gigantescas y misteriosas forma una especie de isla dentro de la vecindad eruptiva del cordón fronterizo.

Me llamó la atención que el importante glaciar solo suministre un desagüe muy reducido al lecho del Río Taguas, en forma de pequeño arroyo.

Habiendo permanecido varios días en esta quebrada del glaciar, encontramos pronto el motivo para este fenómeno algo extraño. El valle citado es extraordinariamente frío; aún a mediodía, el termómetro sólo sube pocos grados arriba de cero y la acción del sol no es suficiente para conseguir un intenso proceso de deshielo. Ya el mismo día de nuestra llegada propuse al doctor Bade ascender la cresta oriental, para vivaquear en esas alturas, esperando la posibilidad de atravesar las dos pirámides nevadas, a fin de escalar luego la cumbre dominante.

Ya en la misma noche alcanzamos la altura de la cresta afilada, resolviendo pernoctar en ella.

Al día siguiente exploramos con mayor detenimiento el lugar y pudimos ver que aquella cresta no permite un acceso directo a la primera pirámide nevada, por estar defendida por varias torres que se cortan bruscamente a unos 1.000 metros hacia el oriente, teniendo su base en un valle, donde descubrimos la existencia de otro ventisquero bastante grande que, proveniente de una depresión alta cerca de la cumbre del macizo, se explaya en todo el lecho de este valle (sin nombre) y cuya extensión es de varios kilómetros cuadrados.

Para fijar nuestra orientación, llamamos a este glaciar “ventisquero Polleras 2”, y mencionamos que es al corriente de hielo más larga y la más grande de todo el macizo. Impelidos por el mal tiempo, que ya duraba dos días, y que pasamos en esas alturas, sólo nos fue posible subir al tercer día a esta primera pirámide de nieve, tan característica para la montaña, valiéndonos de ruta las escarpadas pendientes del “ventisquero Polleras 1”.

Ganada esta elevada posición de 2.500 m, nos fue posible reconocer claramente que el “ventisquero N^o 2” tiene su desagüe en un valle lateral del valle Tupungato. Es importante saber que este ventisquero suministra el mayor caudal al Río Tupungato, después de los ríos Plomo, Taguas y Blanco.

Nadie tenía conocimiento de la existencia de este glaciar; su lengua termina a unos 3.600 m y su longitud total es de nueve kilómetros, según los levantamientos del doctor Helbling.

Ahora bien: nuestro plan de subir al pico principal del “Polleras” desde nuestro punto alcanzado, o sea la pirámide de nieve oriental, resultó otra vez inejecutable, pues se demostró que desde la segunda pirámide de nieve (10), la única comunicación entre ésta y la cumbre consistía en una cresta de hielo, afilada como cuchillo, cuya inclinación es de 45-50 grados, y cuya altura de más de 600 m. Reconociendo la imposibilidad de semejante travesía, fracasó por segunda vez mi tentativa y, más aún, se demostró evidentemente que había que abandonar la idea de una ascensión de la montaña desde las laderas norte, este y suroeste.

Observando desde la cumbre de nuestra pirámide nevada el paisaje, salta a la vista, en primer lugar, la cresta noroeste que subí pocos días antes. Esta cresta se desarrolla como muralla de montañas de un kilómetro de largo, culminando en dos peñascos aislados, de formas muy audaces y que pueden ser consideradas como dos picos autónomos del macizo. Sobre todo el fin de la quebrada Arancibia, que llena el “ventisquero 1”, y es bordeado por esta gigantesca muralla, presenta una feracidad extraordinaria. Como la faz septentrional, también las pirámides de nieve consisten de cales negras fosilíferas y en la morena del “ventisquero 1” abundan los restos de amonitos y bivalvos.



34.- La fachada septentrional del macizo Polleras.
(Visto desde un punto \pm 5000 m. de su cresta septentrional.
1ª tentativa de ascensión.)

Fot. Dr. F. R.



35.- El macizo Polleras.
Visto desde el fondo de la Quebrada Arancibia.
(Campamento y 2ª tentativa de ascensión).

Fot. Dr. F. R.

También desde la ladera sur, es decir, desde el valle del “ventisquero 2”, una tentativa no prometió éxito, restando, pues, como única esperanza el flanco occidental de la montaña. Pasaron 10 días desde que se comenzó a asediar la montaña, no habiendo encontrado todavía ninguna ruta que pudiera conducir al pico culminante. La circunvalación del macizo hacia el oeste costaba otros dos días. Con estas reflexiones, volvimos al campamento central algo desilusionados, pero resuelto yo a tentar esta última posibilidad.

Fue el día 3 de febrero de 1908, cuando, en compañía del profesor L. Hauman, salí nuevamente del campamento, siguiendo el curso del valle Taguas arriba, con rumbo a la entrada del valle Tosca, que conduce a los pasos “Pircas” y “Morado”, situados en la frontera.

En este viaje lleno de impresiones tengo que detenerme en un lugar que no solamente ahora sino en todos nuestros viajes sucesivos atrajo nuestra entera atención e interés. No muy distante de la quebrada Arancibia, el viajero observa en la margen derecha del Río Taguas una formación sedimentaria constituida por cales ferruginosas y producidas por precipitación de soluciones acuosas de aspecto semejante a las formaciones de las termas de Puente del Inca. Inspeccionando prolijamente el lugar, caracterizado también por la existencia de una pequeña “vega”, descubrimos efectivamente un hermoso pequeño manantial en forma de pileta de baños, donde brota una terma cuya temperatura es de 30° Cels. Bautizamos esta fuente con el nombre de “baños del Polleras” y teniendo la ocasión de visitar estos baños muchas veces en el curso de nuestras exploraciones, no hemos olvidado de investigar bien, “in situ” los caracteres físico-químicos de estas termas, que tantas veces nos han encantado por los baños confortantes tomados allí. Aquí fue donde realicé investigaciones sobre la radioactividad de dicha terma, investigaciones de las cuales se desprende (11) que se trata de una fuente de poder radioactivo muy pronunciado, siendo la fuente más activa encontrada en la alta Cordillera de Mendoza explorada por nosotros.

En cuanto a la naturaleza química de esta agua, hay que saber que son completamente distintas de las de Puente del Inca, por tratarse de aguas prácticamente libres de sales y de anhídrido carbónico. En sus propiedades químicas y radioactivas, se acercan a las aguas de las termas de Cacheuta.

Desgraciadamente la situación geográfica de estos baños, distantes dos días de Puente del Inca, es tal, que su aprovechamiento práctico no puede ser tenido en cuenta. No quiero abandonar este tema sin mencionar que también a la orilla izquierda del valle Taguas, muy cerca de la intersección con el valle Tupungato, y más o menos frente a nuestro campamento, se encuentra otra fuente mineral fría. Dicha fuente, que contiene bastante anhídrido carbónico disuelto, suministra un agua potable de calidad excelente.

Después de estas observaciones, remontamos el curso del valle Taguas, para doblar luego al valle Tosca. A mitad del camino entre los baños y la entrada a dicho valle, nos sorprenden frecuentemente grandes huecos o depresiones infundibuliformes de yeso, que hablaban en lenguaje no indescifrable de importantes procesos de derrumbes subterráneos. Hacia la ladera del valle Tosca el macizo del “Polleras” se corta de repente como pared aislada, que debido a su inclinación casi perpendicular se halla libre de nieve o hielo. Siempre siguiendo al curso del Río Tascas llegamos así al fondo del valle, cubierto con una vegetación relativamente abundante de pastos duros (stipa) y juncos, en la cercanía de otras formaciones calcáreas ferruginosas, del mismo aspecto y origen que las de los baños del macizo “Polleras”, sin que existan en la actualidad fuentes superficiales en dicho lugar.

Internándonos más y más en el valle Tosca, pronto divisamos en el fondo de una quebrada secundaria que conduce al pie del macizo del “Polleras”, los peñascos negros,

con sus formas caprichosas, del cerro “Chimbote”. Tomando este cerro como punto de marcha, entramos así en esta quebrada que en dirección sureste conduce a su pie, para buscar la suerte en este rincón. La quebrada en cuestión, desierta y llena de escombros de rocas de todos tamaños, debe su existencia a una antigua morena frontal.

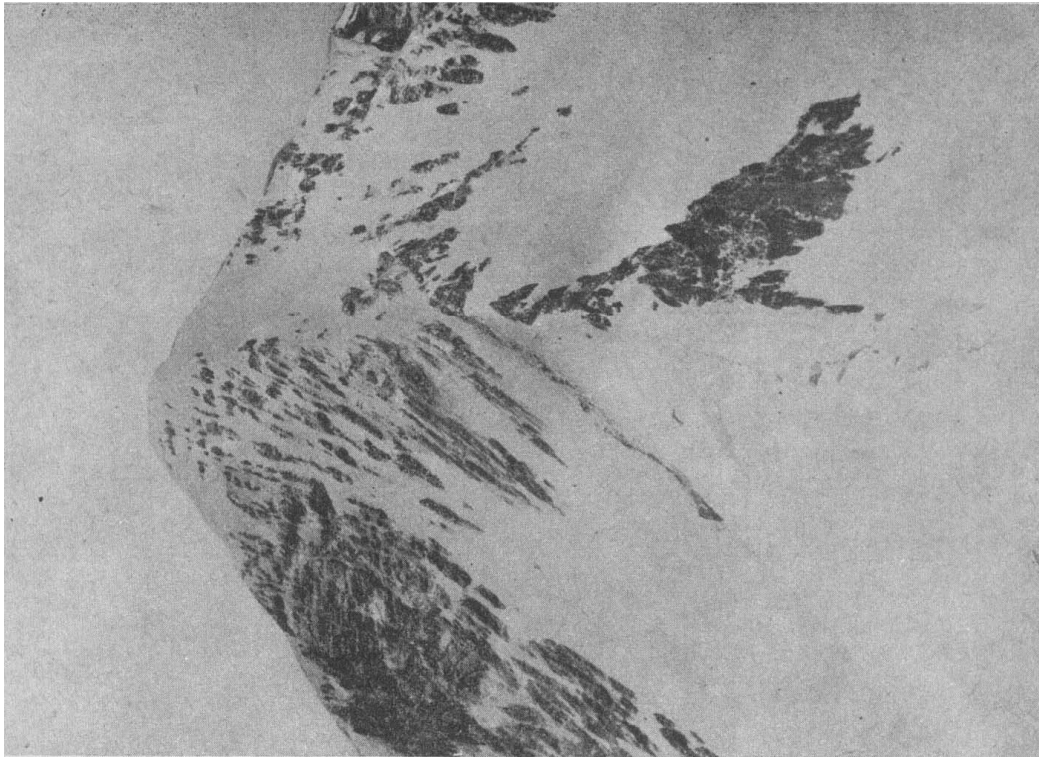
A una altura de 4.000 m establecimos un campamento muy primitivo y en la madrugada del día siguiente subimos a buena suerte por el valle cuesta arriba. Todo este valle está, como se ha dicho ya, lleno de antiguo acarreo morénico y en todas partes se encuentran fósiles en los escombros. Subiendo de esta manera, llegamos de repente a un pequeño ventisquero plano libre de nieve, bordeado en forma de semicírculo por paredes lisas verticales que se levantan hasta casi 2.000 m desde el fondo de este ventisquero. Aquí nos encontramos, como pudimos reconocer más tarde, justamente al pie de la pared occidental del macizo “Polleras” (12). Este glaciar, que se ha denominado “Ventisquero N° 3”, es el de desarrollo más reducido. Su altura es de 4.200 m, y su desagüe se pierde en los escombros morénicos del valle Chimbote. Siguiendo siempre valle adentro, se llega al pie de una segunda terraza del valle que no presenta obstáculos para subir. Ganada la altura de esta segunda terraza, se ve, en el cercano fondo del valle Chimbote, una poderosa cascada de hielo, que cierra transversalmente toda la anchura del valle. A su lado izquierdo (en sentido de la ascensión), conducen varios canalones de hielo y de rocas en declive muy brusco hacia su alto pequeño “plateau”, habiendo indicios de que se podía llegar desde este lugar a la altura del lomo del ventisquero, que se precipita como cascada al fondo del valle Chimbote.

Después de un escalamiento, sumamente penoso, a través de estas canaletas englaciadas, alcanzamos felizmente el nivel del “plateau” y a una altura de 5.300 m instalamos otro pequeño campamento. A las 2 horas nos pusimos en marcha y al amanecer arribamos con toda suerte al lomo del glaciar situado encima de su cascada de hielo.

Este ventisquero, que llena toda la depresión entre el cerro Chimbote y el macizo “Polleras”, y que corre en dirección suroeste, le llamaremos en adelante el “ventisquero N° 4”, con lo que especificamos los 4 glaciares que derivan del macizo.

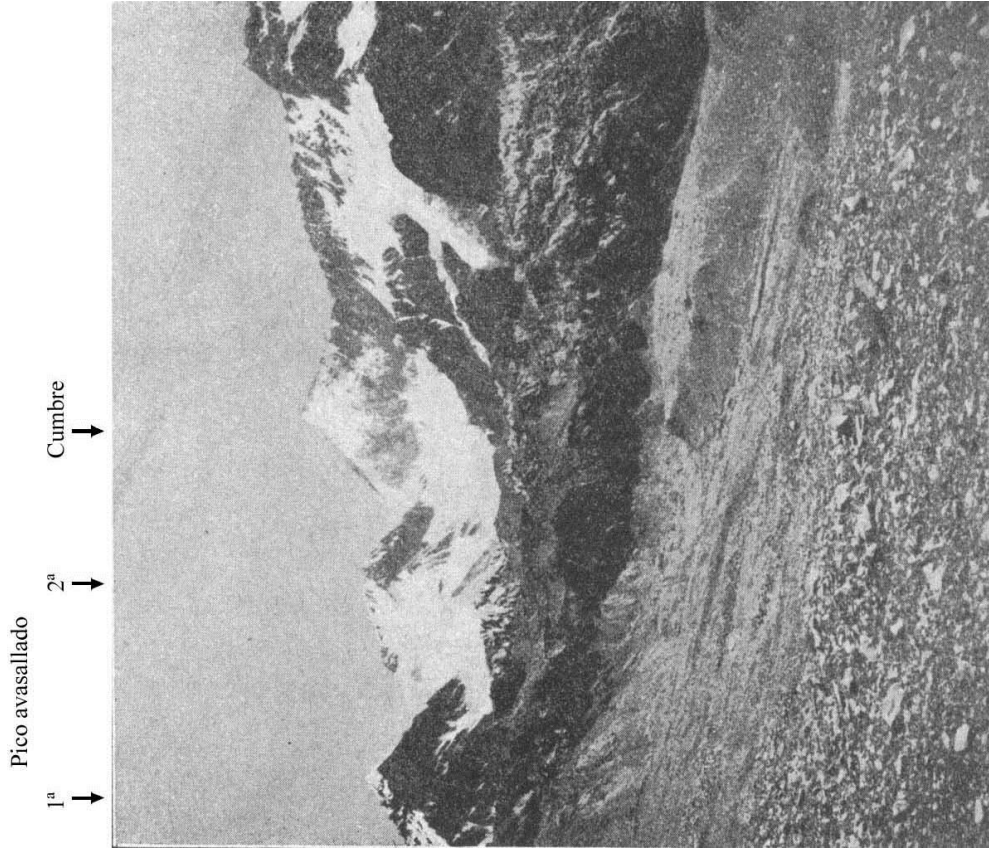
Atravesamos en todo su ancho sin dificultad el glaciar no alterado en dirección a una depresión alta que se encuentra entre la cumbre principal del “Polleras” y un cerro dominante sin nombre, antepuesto en dirección suroeste a la cima principal. De esta depresión, de unos 5.500 m de altura, reconocí de inmediato toda la configuración del sistema montañoso.

Nos encontramos en la garganta de la misma depresión, que divisaba ya desde la cumbre de la pirámide de nieve oriental; era la misma depresión donde nace el gran “ventisquero N° 2”, que corre en el valle lateral y tributario del de Tupungato. Erróneamente creí que este portezuelo alto serviría como punto de salida favorable para la ascensión final. Pero grande fue el desengaño al revelarse que tampoco desde aquí había posibilidad de conquistar la cumbre, pues se trataba nada menos que de vencer una muy difícil pendiente de hielo de unos 400 m de altura, lo que era factible únicamente picando escalones. Semejante trabajo arriesgado, que hubiera costado muchas horas, no pudo ser tomado en consideración por múltiples razones y casi fracasó mi tentativa por tercera vez, si no me hubiera atraído la atención desde ese punto la cresta sur-suroeste, es decir, aquella estribación que se vierte como muralla perpendicular y semicircular al fondo del “ventisquero N° 3”, y que se junta en sus partes supremas con la cresta culminante occidental del macizo.



Fot. Dr. F. R.

37.- La cumbre del Polleras y su cresta oriental.
Visto desde la cumbre del pico avasallado 1. Véase foto 36.



Fot. Dr. F. R.

36.- En el fondo de la Quebrada Arancibia.
El macizo del Polleras.

Esta ruta combinada presentó la última y única posibilidad, en consecuencia, cruzamos otra vez el “ventisquero N° 4” en dirección a esa estribación, constituida por rocas desnudas. Mientras el señor Hauman tenía que desistir del avance, trepé solo a la supuesta cuenca, siguiendo luego a lo largo de la línea del techo. La marcha fue atroz, debido a la gran exposición hacia el abismo del circo “glaciar N° 3”. Después la cresta se pierde en una pendiente de acarreo muy suelto, que ocasionó un serio trabajo. Esta pendiente, de unos 100 m, que conduce luego a la espina dorsal de la cresta culminante occidental del macizo que en inclinación suave pasa a la cumbre de la montaña. Sobre esta ruta me fue dado ganar la altura de la cresta final y fue a las 16 horas del día 5 de febrero de 1908 cuando puse pie sobre la cima culminante del “Polleras”.

Esta cumbre está formada por una magnífica cresta de nieve, adornada en su ladera sur por una gran cornisa sobresaliente. La cumbre está constituida geológicamente por las mismas calcs fosilíferas ya descritas y es notable mencionar que tuve la suerte de encontrar en el último y más alto bastión de rocas de la cresta final un amonito perfectamente conservado. El hallazgo de este fósil tan bien modelado, permitió fácilmente bien su determinación, que agradecemos al doctor Saalfeld, en Goettingen, quien comprobó que se trataba de “Odontoceras”, fósil característico del Titonio superior.

La estadía en la cumbre sólo pudo ser de corta duración. El frío y el viento casi insoportable obligaron a retroceder. Construí un pequeño hito de rocas, depositando en él los datos de la ascensión.

Desde la cumbre del “Polleras” se disfruta de un panorama de indescriptible grandiosidad. La favorable situación central de la montaña hace de ella un excelente punto de mira hacia los grupos vecinos. Justamente en esa altura fue donde comprendí la conexión del gran grupo del “Nevado Juncal” con sus alrededores, y donde pude comprobar que este macizo del “Nevado Juncal”, ya sea tanto en masa como en altura, pertenece ciertamente a los más poderosos de toda la Cordillera de los Andes, pues debido principalmente a su enorme englaciamiento ocupa uno de los primeros lugares como veremos más adelante en su monografía especial.

El regreso se efectuó completamente en sentido inverso al de la ascensión; acampé otra noche con el señor Hauman en nuestro último campamento y en la tarde del día siguiente llegamos a nuestro campamento central, a la entrada del valle Taguas, recibiendo la bienvenida y felicitaciones de nuestros compañeros, angustiados por la suerte de esta expedición.

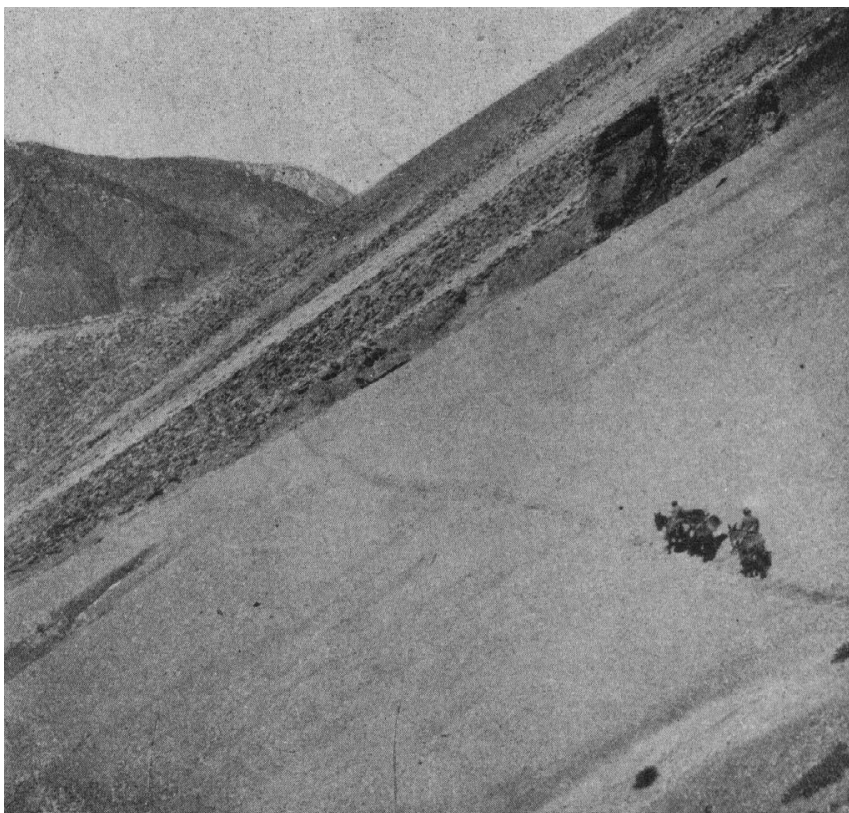
En cuanto a la englaciación del macizo del “Polleras”, debemos mencionar que no alcanza jamás la extensión de los poderosos y grandes glaciares provenientes del “Nevado Juncal” y de las montañas vecinas. El más largo de todos, o sea el “ventisquero N° 2”, tiene una longitud de 9 km; el “ventisquero N° 1”, 3 km, el “N° 4”, 2 km, mientras el “ventisquero N° 3” es sólo un pequeño cuerpo de hielo dentro del circo de las paredes occidentales del macizo. Las lenguas de estos glaciares descienden a las laderas este y noreste a 3.600 – 3.700 m, y en sus laderas oeste y sur a 4.000 – 4.300 m. Todos estos glaciares se encuentran en estado de retroceso, como lo comprueban las morenas frontales del valle Chimbote; los ventisqueros occidentales alcanzaron el suelo del valle Tosca y avanzaron anteriormente hasta los valles Plomo, Taguas y Tupungato, después de haber sido reforzados por la confluencia de los grandes glaciares del “Nevado Juncal” y sus prominentes vasallos.

- (1) Obra citada.
- (2) Véase mapa de Adolfo Stegmann en la introducción
- (3) Véase fotografías 33 y 40.
- (4) Fitz Gerald: obra citada.
- (5) Véase apéndice: Las rocas eruptivas, etc.
- (6) Véase capítulo anterior.
- (7) Véase Schiller: obra citada.
- (8) Véase fotografía 34.
- (9) Véase fotografías 35 y 38.
- (10) Véase fotografías 36 y 37.
- (11) Véase apéndice.
- (12) Véase fotografía 41.



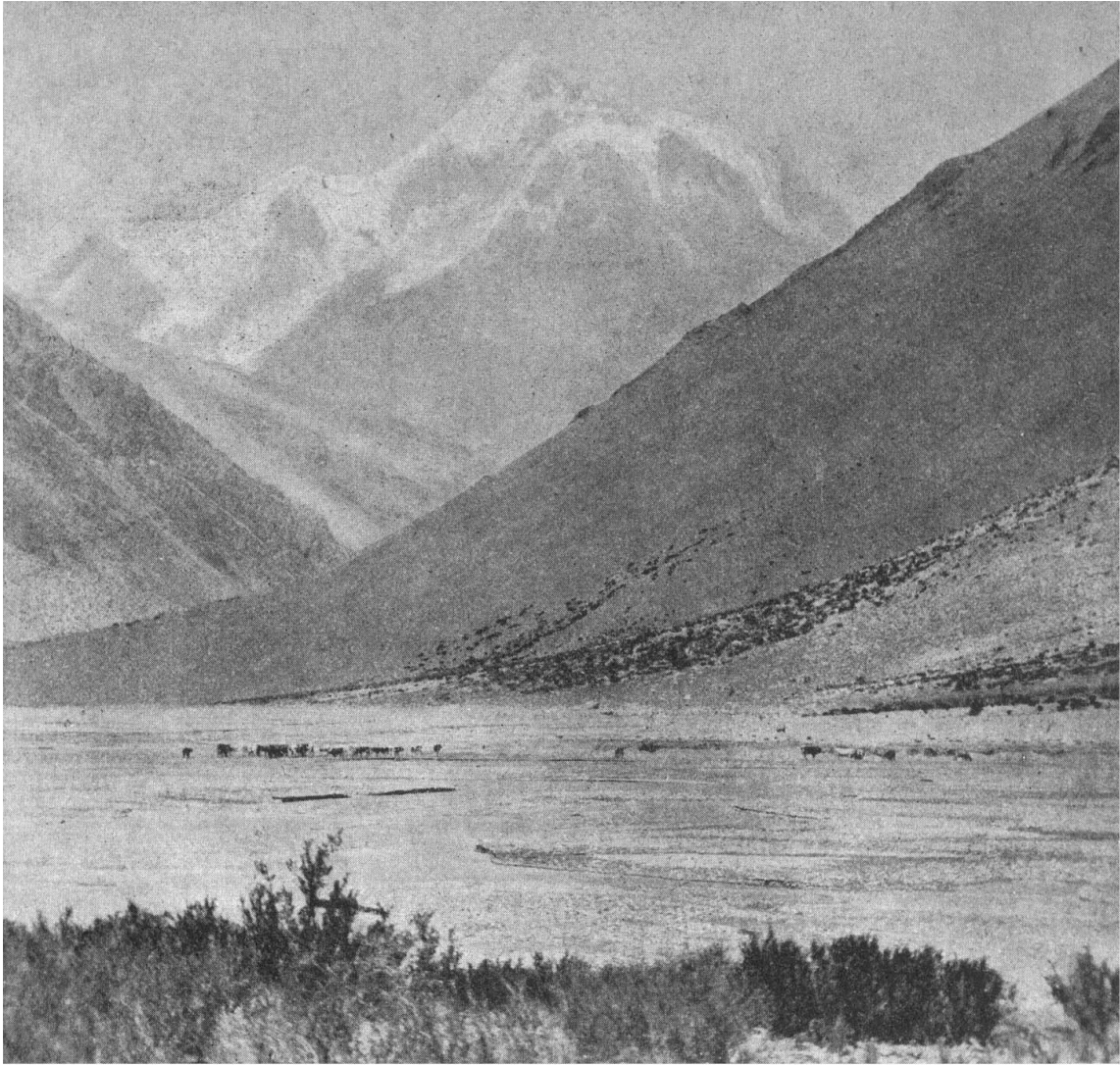
38.- La lengua del "Ventisquero Polleras 1".
(Quebrada de Arancibia).

Fot. Dr. F. R.



39.- Cruzando una pendiente de acarreo de montañas
en el Valle Tupungato.

Fot. Dr. F. R.



40.- El macizo Polleras.
Vista telefotográfica, desde el Valle Tupungato.

Fot. Dr. F. R.

Cumbre principal (ascendida)



Fot. Dr. F. R.

41.- La pared occidental del macizo "Polleras".